

Las pieles bajo la piel

Lo mismo hoy que hace tiempo, sigue existiendo la tentación de disfrazarse de tercera persona: cuando él tenía unos doce años, pero seguía sentándose con mucho gusto en el regazo de su madre, hubo algo que comenzó y terminó. Sin embargo, ¿puede fecharse con tanta precisión aquello que empezó y acabó? En lo que a mí se refiere, sí.

Mi infancia terminó en un espacio angosto, cuando, donde me criaba, la guerra estalló simultáneamente en varios sitios. Comenzó, inconfundible, con las andanadas de un navío de línea y los vuelos de aproximación de bombarderos en picado sobre el suburbio portuario de Neufahrwasser, frente al cual estaba la Westerplatte, base militar polaca, y, más lejos, con los certeros disparos de dos carros blindados en la lucha por el Correo Polaco en la parte antigua de Danzig, y fue anunciada muy de cerca por nuestra radio, una Volksempfänger que tenía su acomodo en el cuarto de estar, sobre el aparador: con palabras férreas se proclamó el fin de mis años infantiles en la planta baja alquilada de un edificio de tres pisos del Labesweg de Langfuhr.

Hasta la hora quería ser inolvidable. A partir de entonces no sólo hubo tráfico civil en el aeródromo del Estado Libre, situado cerca de la fábrica de chocolate Baltic. Por los tragaluces del edificio se veía ascender un humo negruzco sobre el puerto franco, un humo que se renovaba con los continuos ataques y el suave viento del noroeste.

Sin embargo, en cuanto quiero acordarme de los lejanos cañonazos del *Schleswig-Holstein*, que en realidad

había acabado su vida militar, como veterano de la batalla de Skagerrak, y sólo servía ya de buque escuela para los guardiamarinas, así como del estruendo escalonado de los aviones, los Stuka, que, a gran altura sobre el campo de batalla, se ladeaban y, picando, alcanzaban su objetivo con bombas que por fin soltaban, se redondea la pregunta: ¿por qué recordar la infancia y su final tan inamoviblemente fechado, cuando todo lo que me ocurrió, a partir de los dientes de leche y después de los definitivos, hace tiempo ya que, incluidos los comienzos escolares, las canicas y las rodillas con costras, los primeros secretos de confesión y las posteriores cuitas de fe, se ha convertido en notas garabateadas y desde entonces atribuidas a un personaje que, apenas llevado al papel, no quiso crecer, rompió, cantando, vidrio en todas sus formas, tenía a mano dos palillos de madera y, gracias a su tambor de hojalata, se hizo un nombre que, en adelante citable, viviría entre tapas de libro y pretende ser inmortal en nosécuántos idiomas?

Porque hay que posdatar esto, y aquello también. Porque, de forma descaradamente llamativa, podría faltar algo. Porque alguien, en algún momento, se cayó del guindo: mis agujeros sólo después tapados, mi crecimiento irrefrenable, mi manipulación verbal de objetos perdidos. Y hay que mencionar también otra razón: quiero tener la última palabra.

Al recuerdo le gusta jugar al escondite como los niños. Se oculta. Tiende a adornar y embellecer, a menuendo sin necesidad. Contradice a la memoria, que se muestra demasiado meticulosa y, pendencieramente, quiere tener razón.

Cuando se lo atosiga con preguntas, el recuerdo se asemeja a una cebolla que quisiera ser pelada para dejar al descubierto lo que, letra por letra, puede leerse en ella: rara vez sin ambivalencia, frecuentemente en escritura invertida o de otro modo embrollada.

Bajo la primera piel, todavía secamente crepitante, se encuentra la siguiente que, apenas separada, libera húmeda una tercera, bajo la que aguardan y susurran la cuarta y quinta. Y todas las siguientes exudan palabras demasiado tiempo evitadas, y también arabescos, como si algún traficante de secretos, desde joven, cuando la cebolla todavía germinaba, hubiera querido encriptarse.

Ya despierta la ambición: hay que descifrar esos garabatos, romper todos los códigos. Ya se refuta lo que siempre quiere pasar por verdad, porque resulta ser la mentira, o su hermana menor, la trampa, la parte más resistente del recuerdo; escrita, suena verosímil y se jacta de detalles que quieren ser fotográficamente exactos: el techo bituminoso del cobertizo que centelleaba bajo el calor de julio, sobre el patio trasero de nuestra casa de alquiler, olía, cuando no hacía viento, a caramelos de malta...

El cuello lavable del vestido de la maestra de mi escuela, la señorita Spollenhauer, era de celuloide y tan estrecho que le hacía arrugas en la piel...

Los enormes lazos que llevaban las chicas los domingos en el malecón de Zoppot, cuando la banda de la guardia municipal tocaba alegres melodías...

Mi primer boletus comestible...

Cuando, por el calor, cerraban la escuela...

Cuando otra vez se me inflamaron las amígdalas...

Cuando me tragaba las preguntas...

La cebolla tiene muchas pieles. Existe en plural. Apenas pelada, las pieles se renuevan. Cortándola, hace saltar las lágrimas. Sólo al pelarla dice la verdad. Lo que ocurrió antes y después de terminar mi infancia llama ahora a la puerta con hechos y transcurrió peor de lo deseado, quiere ser narrado unas veces así y otras así, e induce a contar historias embusteras.

Cuando, con buen tiempo estable, de verano tardío, en Danzig y sus alrededores, estalló la guerra, colec-

ción —apenas habían capitulado los defensores polacos de la Westerplatte después de siete días de resistencia— en el suburbio portuario de Neufahrwasser, al que se podía llegar en poco tiempo con el tranvía, pasando por Saspe y Brösen, un puñado de esquirlas de bomba y granada, que aquel chico que al parecer era yo, durante un período en cuyo transcurso la guerra pareció consistir sólo en partes de radio, cambió por sellos de correos, cromos de colores de las cajetillas de tabaco o libros manoseados o flamantes, entre ellos los viajes de Sven Hedin por el desierto de Gobi y noséqué más.

Quien no recuerda con exactitud se aproxima a veces, sin embargo, a la verdad un poco más, aunque sea por senderos torcidos.

Casi siempre son objetos contra los que mi recuerdo roza y que excorían mis rodillas o me dejan un regusto de asco: la estufa de cerámica... Las barras de sacudir alfombras del patio trasero... El retrete en la planta intermedia... La maleta en el desván... Un trozo de ámbar del tamaño de un huevo de paloma...

A quien recuerda, palpable, el pasador de pelo de la madre, o el pañuelo con cuatro nudos del padre bajo el calor del verano, o el especial valor de intercambio de diversas esquirlas de granada o de bomba diversamente dentadas se le ocurren historias —aunque sean como excusa entretenida— en las que pasan cosas que son más verdaderas que la vida.

Cambiaba los cromos que, de niño y luego de joven, coleccionaba sin cansarme por vales de cajetillas de tabaco de las que mi madre, después de cerrar la tienda, sacaba a golpecitos sus cigarrillos. «Pitillitos» llamaba ella a esos participantes en su moderado vicio, al que rendía tributo todas las noches ante un vasito de Cointreau.

Los cromos que yo codiciaba reproducían en colores las obras maestras de la pintura europea. De esa forma

aprendí pronto a pronunciar mal los nombres de Giorgione, Mantegna, Botticelli, Ghirlandaio y Caravaggio. La carne desnuda de la espalda de una mujer echada, ante la que un chico alado sostiene un espejo, estuvo emparejada desde mi infancia con el nombre de Velázquez. De los *Ángeles cantores* de Jan van Eyck se me quedó grabado sobre todo el perfil del ángel más lejano; me hubiera gustado tener el cabello rizado como él o como Alberto Durero. Al autorretrato de éste, que cuelga en el Prado de Madrid, se le podría preguntar: ¿por qué se pintó el Maestro con guantes? ¿Por qué tienen su extraño gorro y su amplia manga derecha unas rayas tan llamativas? ¿Qué lo hace estar tan seguro de sí mismo? ¿Y por qué aparece escrita su edad —sólo veintiséis años— bajo el pintado alféizar?

Hoy sé que había un servicio en Hamburgo-Bahrenfeld que facilitaba esas bellísimas reproducciones a cambio de vales y también —si se le encargaban— unos álbumes rectangulares. Desde que, gracias a mi galerista de Lübeck, que tiene en la Königstraße una librería de viejo, dispongo otra vez de los tres álbumes, sé con seguridad que la edición del volumen del Renacimiento, aparecida en el treinta y ocho, tuvo una tirada de cuatrocientos cincuenta mil ejemplares.

Mientras paso página tras página, me veo pegando los cromos en la mesa del cuarto de estar. Esta vez son del Gótico tardío, entre ellos *Las tentaciones de San Antonio* de Hieronymus Bosch, *El Bosco*: en medio de animales humanizados. Se convierte casi en un acto solemne, en cuanto brota el pegamento del amarillo tubo de Uhu.

En aquella época, muchos coleccionistas, desesperadamente obsesionados por el arte, pueden haber fumado con desmesura. Yo, sin embargo, me convertí en beneficiario de todos aquellos fumadores para los que los vales no valían nada. Cada vez tenía más cromos reunidos, intercambiados y pegados, que manejaba infantil y, luego, comprensivamente: así, la espigada Virgen de Parmigiani-

no, cuya cabeza, que brotaba de un largo cuello, sobrepasaba la columna que se destacaba al fondo contra el cielo, permitió al chico de doce años frotarse con cariño, como ángel, contra su rodilla derecha.

Yo vivía en imágenes. Y como el hijo insistía tanto en todo lo completo, la madre contribuía no sólo con el producto de su consumo más bien reducido —fumaba devotamente cigarrillos Orient de boquilla dorada—, sino también con los vales que este o aquel cliente que sentía simpatía por ella y a quien el arte importaba un rábano le dejaba sobre el mostrador. A veces, el padre, cuando, comerciante en ultramarinos como entonces se decía, salía en viaje de negocios, traía al hijo los codiciados vales. También los oficiales de mi abuelo, maestro ebanista, fumaban con diligencia para mí. Los álbumes llenos de espacios vacíos entre textos eruditamente explicativos fueron quizá regalos de Navidad o de cumpleaños.

En definitiva, fueron tres álbumes los que yo cuidaba como un tesoro: el azul, en el que pegaba la pintura del Gótico y el Renacimiento temprano; el rojo, que presentaba a mis ojos la pintura del Renacimiento; y el amarillo dorado, que reunía, incompletas, las imágenes del Barroco. Para mi pesar, no había nada pegado donde Rubens y Van Dyck reclamaban su puesto. Me faltaban suministros. Después de comenzar la guerra disminuyó la lluvia de vales. Los fumadores civiles se convirtieron en soldados que, muy lejos de casa, daban chupadas a sus Juno o sus R6. Uno de mis proveedores más fiables, cochero de la fábrica de cerveza Aktien-Bierbrauerei, cayó luchando por la fortaleza de Modlin.

También circulaban otras series: animales, flores, brillantes imágenes de la historia alemana y los rostros maquillados de actores de cine famosos.

Además, desde el comienzo de la guerra se daban a cada familia cupones de racionamiento; y el consumo de tabaco se racionaba con cupones especiales. Sin embargo,

como ya antes de la contienda había atesorado mi formación en historia del arte con ayuda de la marca de cigarrillos Reemtsma, la escasez impuesta no me afectó demasiado. Algunos huecos pudieron llenarse posteriormente. Así, conseguí cambiar la *Virgen de Dresde* de Rafael, que tenía duplicada, por el *Amor* de Caravaggio; trato que sólo a posteriori resultó ventajoso.

Ya a los diez años podía distinguir a primera vista a Hans Baldung, llamado Grien, de Matthias Grünewald; a Frans Hals de Rembrandt, y a Filippo Lippi de Cimabue.

¿Quién pintó la *Virgen del rosal*? ¿Y quién la del paño azul, la manzana y el niño?

Preguntado, cuando se lo pedía, por la madre, que tapaba con dos dedos el título del cuadro y el nombre del artista, las respuestas del hijo eran certeras.

En ese juego de adivinanzas casero, pero también en el colegio, obtenía en arte la nota máxima, pero en cambio, a partir del primer curso de secundaria, flaqueaba sin remedio en cuanto se trataba de matemáticas, química o física. Rápido en el cálculo mental, mis ecuaciones con dos incógnitas rara vez cuadraban sobre el papel. Hasta el segundo curso de la secundaria me apoyaron mis buenas notas en alemán, inglés, historia y geografía. Es cierto que, repetidas veces, ayudaron al escolar sus elogiados dibujos y acuarelas puramente imaginados o del natural, pero, cuando, en el tercer curso de secundaria, me suspendieron en latín, hube de repetir y, durante un año, tuve que rumiarlo todo otra vez con los demás repetidores. Eso preocupó más a mis padres que a mí, porque desde el principio se me abrieron escapatorias hacia lo desconocido.

Hoy, sólo a medias se puede consolar a los nietos con la confesión del abuelo de que fue un alumno en parte vago y en parte ambicioso, pero en definitiva mal alumno, cuando sufren por notas miserables o profesores desesperados y torpes. Gimén como si tuvieran que arrastrar

piedras pedagógicamente ponderadas, como si su época escolar transcurriera en una colonia penitenciaria, como si la coacción didáctica incordiará hasta su más agradable dormir; sin embargo, los miedos del recreo en el patio nunca han podido gravitar como pesadillas sobre mi sueño.

Cuando era niño y no llevaba aún la gorra roja de estudiante de enseñanza media, ni coleccionaba cromitos de cigarrillos, hacía con gotas de arena mojada, en cuanto el verano prometía ser otra vez interminable, en alguna de las playas de la bahía de Danzig, diversas torres y altos muros que convertía en un castillo habitado por personajes fantásticos. Una y otra vez, el mar socavaba mi edificio de arena goteada. Lo que se alzaba en montón se derrumbaba en silencio. Y de nuevo corría entre mis dedos la arena mojada.

«Castillo de arena mojada» se llama un largo poema que escribí a mediados de los sesenta, es decir, en una época en que el cuadragenario padre de tres hijos y una hija parecía estar ya burguesamente consolidado; como el héroe de su primera novela, su autor se había hecho un nombre, encerrando su doble identidad en libros y llevándola, así domeñada, al mercado.

El poema trata de mis orígenes y del ruido del Mar Báltico: «Nacido en el castillo de arena, al oeste de», y formula preguntas: «¿Nacido cuándo dónde y por qué?». Una letanía de frases a medias que conjura la pérdida y la memoria como oficina de objetos perdidos: «Las gaviotas no son gaviotas, sino».

Al final del poema, que jalona mi entorno con el Espíritu Santo y el retrato de Hitler y, con esquirlas de bomba y fuego de la desembocadura, recuerda el comienzo de la guerra, quedaban cubiertos de arena los años de mi niñez. Sólo el Mar Báltico sigue diciendo, en alemán, en polaco: «Blubb, piff, pshsh...».

La guerra contaba pocos días cuando un primo de mi madre, el tío Franz, que, como cartero, se encontraba entre los defensores del Correo Polaco en la Heveliusplatz, fue fusilado como casi todos los supervivientes, poco después de terminar el breve combate, por aplicación de la ley marcial alemana. El juez militar que fundamentó, pronunció y firmó la pena de muerte pudo impunemente, mucho después de acabar la guerra, juzgar y dictar sentencias en Schleswig-Holstein. Era algo muy corriente en la interminable época del canciller Adenauer.

Más tarde, adapté la lucha por el Correo Polaco, con personajes distintos, a una forma narrativa, haciendo, con profusión de palabras, que un castillo de naipes se derrumbara; a mi familia, sin embargo, le faltaron palabras, porque no se volvió a hablar de aquel tío súbitamente ausente y que, por encima de cualquier política o a pesar de ella, había sido querido y venía a menudo con sus hijos Irmgard, Gregor, Magda y el pequeño Kasimir para hacernos una visita dominical a la hora de merendar, o para jugar al *skat* con los padres. Su nombre quedó en blanco, como si no hubiera existido nunca, como si todo lo que se refería a él y a su familia fuera imposible de nombrar.

La parte cachuba de la familia por parte de madre y su farfulla doméstica parecían haber sido tragadas por alguien (¿por quién?).

Tampoco yo, aunque con el comienzo de la guerra se terminó mi infancia, hacía preguntas reiterativas.

¿O no me atreví a hacer preguntas por haber dejado de ser niño?

¿Es que, como en los cuentos de hadas, son los niños los únicos que hacen las preguntas correctas?

¿Es posible que el miedo de hacer alguna pregunta que lo pusiera todo patas arriba me volviera mudo?

Ésa es la ignominia, que se las da de insignificante, que se encuentra en la sexta o séptima piel de esa cebolla ordinaria, siempre al alcance de la mano, que re-

fresca la memoria. Por eso escribo sobre la ignominia y la vergüenza que la sigue. Palabras que rara vez se usan, insertas en el proceso de recuperación, mientras mi mirada, más indulgente a veces y otras más severa, sigue fija en un chico que lleva pantalones hasta la rodilla y que husmea todo lo que se mantiene oculto pero, sin embargo, no preguntó «por qué».

Y mientras continuó preguntando insistentemente a aquel chico de doce años, con lo que sin duda le pido demasiado, pondero, en un presente que desaparece cada vez más aprisa, cada escalón, respiro ruidosamente, me escucho toser y vivo tan tranquilo hacia la muerte.